

podría comprometer su persona. Nada de esto los alumbró en su ceguedad, y para ellos tuvieron más fuerza las interesadas y falaces instancias de los tres agentes del emperador, Savary, Murat y Beauharnais. Lo único que hubo de producir desacuerdo y estuvo á punto de perjudicar al proyectado viage, fué el empeño con que pidieron que les fuese entregado el príncipe de la Paz, sacándole de la prision y sobreseyendo en el proceso que se le seguía. Resistieron esto abiertamente los confidentes de Fernando, porque además de ser Godoy el objeto principal de su encono, veían en esta pretension un proyecto de volver á servirse del aborrecido favorito contra su amado monarca. Infatado y O'Farril hicieron sobre ello tales reflexiones, que Savary, discurrendo que la insistencia en este punto podría dañar al principal propósito, que era la marcha de Fernando, renunció á la estradicion de Godoy, diciendo que éste como otros negocios se arreglaría del modo más conveniente en la entrevista con el emperador. Con esto quedó resuelta la salida para el 10 de abril. La víspera pidió Fernando á su padre una carta para el emperador suplicándole le asegurase en ella que su hijo participaba de los mismos sentimientos de amistad y alianza con Francia que siempre habían mediado entre los dos soberanos. Carlos IV., so pretesto de hallarse ya en cama, ni dió á Fernando la carta que pedía, ni contestó á la suya.

Aquel mismo día se publicó por *Gaceta* extraordinaria el documento siguiente:

«Con fecha de ayer ha comunicado el Excmo. Sr. don Sebastian Piñuela al Excmo. Sr. Presidente del Consejo la real orden siguiente:

»El Rey N. S. acaba de tener noticias fidedignas de que »su íntimo amigo y augusto aliado el emperador de los franceses y rey de Italia se halla ya en Bayona con el objeto, »apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar á »estos reinos con ideas de la mayor satisfaccion de S. M. y »de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos: »y siendo, como es, correspondiente á la estrechísima »amistad que felizmente reina entre las dos coronas, y al »muy alto carácter de S. M. I. y R. que S. M. pase á recibirle y cumplimentarle, y darle las pruebas más sinceras, seguras y constantes de su ánimo y resolucion de »mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima »amistad y ventajosa alianza que dichosamente ha habido »y conviene que haya entre estos dos monarcas, ha dispuesto S. M. salir prontamente á efectuarlo. Y como esta »ausencia ha de ser por pocos días, espera de la fidelidad y »amor de sus amados vasallos, y singularmente de los de »esta córte, que tan repetidamente se lo han acreditado, »que continuarán tranquilos, confiando y descansando en »el notorio celo, actividad y justificacion de sus ministros »y tribunales, á quienes S. M. deja hechos á este fin los »más particulares encargos, y principalmente en la junta »de gobierno presidida por el Sermo. Sr. Infante don Antonio, que queda establecida (1), y que seguirán obser-

(1) Nombró para esta junta de los, de Estado; Gil y Lemus, de gobierno á los ministros, Cevallos, de Marina; Azanza, de Hacienda;

»vando como corresponde la paz y buena armonía que hasta ahora han tenido con las tropas de S. M. I. y R., suministrándoles puntualmente todos los socorros y auxilios que necesiten para su subsistencia, hasta que vayan á los puntos que se han propuesto para el mayor bien y felicidad de ambas naciones: asegurando S. M. que no hay recelo alguno de que se turbe ni altere dicha tranquilidad, buena armonía y ventajosa alianza; antes bien S. M. se halla muy satisfecho de que cada día se consolidará más.»

»Lo que participo á V. E. de orden de S. M., á fin de que haciéndolo presente inmediatamente en Consejo extraordinario, lo tenga entendido, y se publique por bando con la posible brevedad, tomando las demas providencias que convengan para su mas exacto cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Palacio 8 de abril de 1808.—Sebastian Piñuela.—Sr. Presidente del Consejo.»

Hizo pues su salida el rey Fernando el día designado (10 de abril), llevando en su compañía al ministro Cevallos (que había de seguir la correspondencia con la Junta, de que era individuo), á los duques del Infantado y de San Carlos, al canónigo don Juan de Escoiquiz, al capitán de guardias conde de Villariego, á los gentiles-hombres marqueses de Ayerbe, de Guadalcázar y de Feria, al general francés Savary, y á

O'Farril, de Guerra; y Piñuela de nombrando á Piñuela ministro de Gracia y Justicia; con facultades para entender en todo lo gubernativo y urgente, consultando en los demás con S. M.—El decreto publicó hasta la Gaceta del 19.

los diplomáticos Labrador y Muzquiz. En todos los pueblos del tránsito hasta Búrgos, donde llegó el 12, recibió las muestras mas espresivas de amor y lealtad de parte de todos los moradores. Mas no solamente no estaba el emperador en Búrgos, como se había dicho y ofrecido, sino que ni siquiera se tenían noticias de él. Y sin embargo, aun no sospecharon ó no creyeron aquellos malhadados consejeros el lazo que se les tendía, y persuadiéndoles Savary de que cuanto mas lejos fuese el rey á encontrar al emperador, mas propicio le haría y mas se captaría su voluntad, accedieron fácilmente á proseguir su viage hasta Vitoria, donde llegaron el 14. Tampoco se encontraba allí Napoleón; supose, sí, que había salido de Burdeos para Bayona, á cuya ciudad pasó á buscarle el infante don Carlos, hasta entonces detenido en Tolosa.

En Vitoria comenzaron ya á abrir los ojos Fernando y su comitiva: resentíase el orgullo español de ir tan lejos en busca de un huésped que tan poca prisa se daba á acercarse, y conociendo Savary que no le era posible entretener más sin emplear otros recursos y artificios, determinó adelantarse á Bayona, llevando una carta de Fernando para el emperador. Este sagaz y activo negociador volvió el 17 á Vitoria, trayendo la siguiente respuesta de Napoleón para Fernando, miscelánea ingeniosa, como la llama un ilustre escritor, de indulgencia, de altanería y de razón, en que iba envuelta una perfidia.

«Hermano mio: he recibido la carta de V. A. R.: ya se
 »habrá convencido V. A. por los papeles que ha visto del
 »rey su padre, del interés que siempre le he manifestado:
 »V. A. me permitirá que en las circunstancias actuales le
 »hable con franqueza y lealtad. Yo esperaba, en llegando
 »á Madrid, inclinar á mi augusto amigo á que hiciese en
 »sus dominios algunas reformas necesarias, y que diese
 »alguna satisfaccion á la opinion pública. La separacion
 »del príncipe de la Paz me pareció una cosa precisa para
 »su felicidad y la de sus vasallos. Los sucesos del Norte
 »han retardado mi viage: las ocurrencias de Aranjuez han
 »sobrevenido. No me constituyo juez de lo que ha sucedi-
 »do, ni de la conducta del príncipe de la Paz; pero lo que
 »sí sé muy bien es que es muy peligroso para los reyes
 »acostumbrar sus pueblos á derramar la sangre haciéndo-
 »se justicia por sí mismos. Ruego á Dios que V. A. no lo
 »esperimente un dia. No seria conforme al interés de la
 »España que se persiguiese á un príncipe que se ha casado
 »con una princesa de la familia real, y que tanto tiempo
 »ha gobernado el reino. Ya no tiene mas amigos; V. A. no
 »los tendrá tampoco si algun dia llega á ser desgraciado.
 »Los pueblos se vengañ gustosos de los respetos que nos
 »tributan. Además, ¿cómo se podia formar causa al prin-
 »cipe de la Paz sin hacerla tambien al rey y á la reina,
 »vuestros padres? Esta causa fomentaria el ódio y las pa-
 »siones sediciosas: el resultado seria funesto para vuestra
 »corona. V. A. no tiene á ella otros derechos sino los que
 »su madre le ha transmitido: si la causa mancha su honor,
 »V. A. destruye sus derechos. No tiene V. A. derecho pa-
 »ra juzgar al príncipe de la Paz; sus delitos, si se le im-
 »putan, desaparecen en los derechos del trono. Muchas
 »veces he manifestado mi deseo de que se separase de los

»negocios al príncipe de la Paz; si no he hecho mas instan-
 »cias, ha sido por un efecto de mi amistad por el rey Cár-
 »los, apartando la vista de las flaquezas de su afeccion.
 »¡Oh miserable humanidad! Debilidad y error, tál es nues-
 »tra divisa. Mas todo esto se puede conciliar; que el prin-
 »cipe de la Paz sea desterrado de España, y yo le ofrezco
 »un asilo en Francia.

»En cuanto á la abdicacion de Cárlos IV. ella ha tenido
 »efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la
 »España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad po-
 »dria aparecer que yo he enviado todas esas tropas con el
 »solo objeto de derribar del trono á mi aliado y mi ami-
 »go. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido
 »ántes de reconocer esta abdicacion. Lo digo á V. A. R., á
 »los españoles, al mundo entero; si la abdicacion del rey
 »Carlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la
 »insurreccion y motin sucedido en Aranjuez, yo no tengo
 »dificultad en admitirla, y en reconocer á V. A. R. como
 »rey de España. Deseo, pues, conferenciar con V. A. R.
 »sobre este particular.

»La circunspeccion que de un mes á esta parte he
 »guardado en este asunto, debe convencer á V. A. del
 »apoyo que hallará en mí, si jamás sucediese que facciones
 »de cualquiera especie viniesen á inquietarle en su trono.
 »Cuando el rey Cárlos me participó los sucesos del mes de
 »octubre próximo pasado, me causaron el mayor senti-
 »miento, y me lisonjeo de haber contribuido por mis ins-
 »tancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no
 »está exento de faltas: basta para prueba la carta que me
 »describió, y que siempre quiero olvidar. Siendo rey sabrá
 »cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso
 »de un príncipe hereditario cerca de un soberano estran-

»gero es criminal. El matrimonio de una princesa france-
 »sa con V. A. R. le juzgo conforme á los intereses de mis
 »pueblos, y sobre todo, como una circunstancia que me
 »uniria con nuevos vínculos á una casa á quien no tengo
 »motivos de alabar desde que subí al trono. V. A. R. debe
 »recelarse de las consecuencias de las emociones popula-
 »res: se podrá cometer algun asesinato sobre mis soldados
 »esparcidos; pero no conducirán sino á la ruina de Espa-
 »ña. He visto con sentimiento que se han hecho circular
 »en Madrid unas cartas del capitan general de Cataluña,
 »y que se ha procurado exasperar los ánimos. V. A. R. co-
 »noce todo lo interior de mi corazon: observará que me
 »hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse;
 »pero puede estar seguro de que en todo caso me condu-
 »ciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con
 »el rey su padre. Esté V. A. persuadido de mi deseo de
 »conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle prue-
 »bas de mi afecto y perfecta estimacion. Con lo que ruego
 »á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guar-
 »da. En Bayona á 16 de abril de 1808.—NAPOLEON (1).»

(1) Como se ve, esta carta no era solo contestacion á la última que habia recibido de Fernando, sino tambien á otras anteriores, inclusa la del 11 de octubre del año anterior, pues á ninguna habia respondido el emperador todavía. Es la primera vez que confiesa haber recibido aquella carta de Fernando, tantas veces negada, pidiéndole la mano de una princesa de su familia.

La carta de Fernando VII. desde Vitoria comenzaba doliéndose de que el gran duque de Berg y el embajador Beauharnais no le hubieran reconocido todavía como soberano de España

despues de la libre abdicacion de su padre, sin duda por carecer de las órdenes necesarias al efecto. Hacía luego las mayores protestas de lealtad y adhesion á su imperial persona; alegaba por mérito las órdenes dadas para que se volviesen á Portugal las tropas que Godoy habia mandado acercar á Madrid; haber enviado primero á tres grandes del reino y después al infante su hermano á felicitarle y convidarle á venir á España; ponderábale la gran pena que sentia de estar privado de cartas suyas; encarecíale su deseo de conocerle y ofrecérsele personalmente en el hecho de

Una carta en tál tono y en tales términos concebida; sembrada de reconvençiones, de dudas, de vagas esperanzas, y hasta de frases injuriosas, y en que al propio tiempo ni se soltaba prenda ni se adquiria compromiso, hubiera debido bastar, y aun sobrar para hacer caer la venda de los ojos á los mas ilusos. Y sin embargo no bastó á desengañar á la regia comitiva, y menos al canónigo Escoiquiz, que preocupado con sus dos ideas favoritas, la del casamiento de su real alumno con una princesa de Francia y la de sacrificarlo todo á cambio de que no volviera el cetro de España á las manos de Carlos IV.; infatuado por otra parte con la presuncion de su gran talento y elocuencia, se felicitaba de tener ocasion de persuadir y vencer con él al hombre grande de Europa y del siglo; ejemplo triste de que no hay nada tan funesto como las medianías que presumen de eminentes ingenios. Al mismo tiempo el general Savary seguia engañando al rey con aserciones tan falaces y pérfidas como las que envuelven las siguientes palabras: «Me dejo cortar la cabeza si al »cuarto de hora de haber llegado S. M. á Bayona no »le ha reconocido el emperador por rey de España y »de las Indias..... Por sostener su empeño empezará

haber avanzado en su busca hasta Vitoria, y concluía rogándole le sacase de aquella penosa situación.—«Ruego pues á V. M. I. y R. »con eficacia, que tenga á bien »hacer cesar la situacion penosa »á que me hallo reducido por su

»silencio, y disipar por medio de »una respuesta favorable las vi- »vas inquietudes que mis fieles »vasallos sufririan con la dura- »cion de la incertidumbre.—Rue- »go á Dios, etc.—Vitoria, 14 de »abril de 1808.»

»probablemente por darle el tratamiento de Alteza; pero á los cinco minutos le dará Magestad, y á los tres días estará todo arreglado, y S. M. podrá restituirse á España inmediatamente.....» Y con esto y una nueva carta del rey para el emperador (18 de abril), diciéndole que la confianza que le inspiraba le había decidido á pasar inmediatamente á Bayona (1), se dió la orden de partir «todos juntos.»

Hubo no obstante quienes, ó mas suspicaces, ó mas previsores, opinaban contra la continuacion del viage, y aun proponian varios medios de evasion para el rey. El ex-ministro de Cárlos IV. don Mariano Luis de Urquijo, que desde Bilbao había ido á cumplimentar al nuevo monarca, era de parecer que éste se fugase de noche disfrazado, en lo cual convenia el alcalde Urbina. Dificultades ofrecia ya en verdad cualquier medio, porque el astuto Savary, que tenia orden de arrebatar á Fernando por la fuerza la noche del 18 al 19 si veia resistencia á la salida, y que al efecto había hecho aumentar la ya numerosa guarnicion francesa de Vitoria, hacía rondar y vigilar cuidadosamente el alojamiento del rey. A pesar de esto el duque de Ma-

(1) «Señor mi hermano (decia esta carta): he recibido con la mayor satisfaccion la carta que V. M. I. y R. ha tenido á bien dirigirme con fecha del 16 por medio del general Savary. La confianza que V. M. me inspira, y mi deseo de hacerle ver que la abdicacion del rey mi padre á mi favor fué efecto de un puro movimiento suyo, me han decidido á pasar inmediatamente á Bayona. Pienso pues salir mañana por la mañana á Irún, y pasar despues de mañana á la casa de campo de Marac en que se halla V. M. I. Soy con los sentimientos de la mas elevada estimacion, etc.—FERNANDO.»

hon, con una insistencia nacida de la fuerza de su conviccion y de su lealtad, proponia una salida simulada del rey por la via de Bayona, y que llegando á Vergara torciera de improviso por Durango á Bilbao, donde podria contemplarse ya seguro. Pero Escoiquiz, que parecia el genio del mal consejo al lado de Fernando, opúsose á todo con tenaz empeño, sostuvo con el de Mahon una porfiada polémica, y concluyó por decirle con la arrogancia del presuntuoso que influye y dispone, y cree que vale: «Creame Vd., señor duque, tenemos cuantas seguridades pudiéramos desear de la amistad del emperador; y por último, es asunto concluido, vamos á Bayona.»

Tampoco pensaba como él la poblacion de Vitoria, que cuando estaba ya todo dispuesto para la partida, y hasta enganchado el carruage del rey, intentó impedir tumultuariamente la marcha; un grupo de paisanos se acercó á cortar los tirantes de las mulas; voces y gritos de amor y lealtad resonaban por todas partes en demanda de que se suspendiera aquel viage afrentoso. Mas los consejeros de Fernando le hacen expedir un real decreto para acallar y tranquilizar la agitada poblacion, diciendo, entre otras cosas, «que no habria resuelto aquel viage si no estuviese bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el emperador de los franceses,» y mandando á aquellos habitantes, «que se tranquilizarán, y esperarán, *que antes de cuatro ó seis días darian gracias á Dios y á la prudencia de*

»S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba (1).» Con esto partió el rey de Vitoria el 19; desde Irún escribió otra carta al emperador anunciándole su próxima llegada, y el 20 cruzó el Bidasoa con toda su comitiva, llegando á Bayona á las diez de aquella misma mañana. El gran paso estaba dado: los desengaños no se hicieron esperar; nadie había salido al encuentro de Fernando en nombre del emperador: éste mismo se mostró admirado de tanta docilidad, y le costaba trabajo creer lo que veía. Lo único que supo Fernando de boca de los tres grandes de España que había enviado delante á felicitar á Napoleon fué que la víspera de aquel día habían salido de los labios imperiales las palabras fatídicas de que los Borbones no reinarian ya mas en España (2).

A la hora pasó el emperador á visitar á Fernando; el cuál bajó á recibirle hasta la puerta de la casa; saludáronse con un abrazo al parecer cordial; mas la visi-

(1) Este real decreto se publicó en Madrid por Gaceta extraordinaria el 22 de abril.

Los autores de la Historia de la guerra de España contra Napoleon apuran todo género de razones y hacen esfuerzos heroicos por justificar esta marcha y esta salida del reino: laudable tarea en quienes escribian de órden del rey, y por lo mismo no extrañamos su empeño; pero sentimos que sus razones no nos parezcan convincentes, y no poder conformar nuestra opinion con la suya, que sin embargo respetamos como debemos.

Lo mismo decimos respecto á la Historia de la guerra de la independencia del señor Muñoz Maldonado, y de otros que han escrito en el propio sentido. Cuestión es esta, en que, salvas las buenas intenciones de todos, cabe patrióticamente opinar de distinto modo, y calificar de error ó de acierto la conducta de los consejeros de Fernando.

(2) Escoiquiz en su *Idea sencilla*, y Cevallos en su *Manifiesto*, confirman esta importantísima declaración de los tres grandes de España.

ta fué solo de minutos, despidiéndose el emperador so pretexto de que el viagero necesitaría de descanso. Aquella misma tarde, convidado Fernando á comer, pasó al declinar el día con todo su séquito á la quinta de Marac, residencia de Napoleon. Recibióle éste con estremada finura. Durante la comida, observó las fisonomías, estudió las palabras y creyó penetrar los caracteres de sus convidados, y cuando se dirigía á Fernando evitaba esmeradamente el tratarle ni de Alteza ni de Magestad. Acabado el banquete, y al tiempo de despedir á todos, indicó al canónigo Escoiquiz el gusto que tendría en que se quedára un rato á conversar con él; no podía haber hecho insinuacion que más halagára el orgullo del arcediano consejero, y quedóse con el mayor placer.

Llegamos al momento crítico en que va á mostrarse en cuánta pequeñez puede caer un grande hombre, cuando deja de guiar su corazón la nobleza y la rectitud; en que va á revelarse toda la alevosía que Napoleon había estado con más ó menos disimulo guardando en su pecho; en que va á descubrirse la miseria y la incapacidad de los consejeros y directores del engañado Fernando. La célebre conferencia de la noche del 20 entre Napoleon y Escoiquiz nos ha sido conservada por este último (1), y aunque ha podido modificarla en el sentido que más pudiera favorecerle, conserva cierto

(1) En el número 3 de los dice á su conocido folleto titulado documentos que sirven de apén- *Idea sencilla*, etc.

sello de verídica, y aun aparece el autor en toda su presuntuosa simplicidad. Comenzó el emperador por encarecer á su interlocutor la idea que tenia de su instruccion y talento (que bien sabia y habia penetrado el flaco del buen canónigo), y que por lo mismo deseaba hablar con él con preferencia á los demás. Declaróle luego que tenia por violenta y forzada la renuncia de Carlos IV., que Fernando habia conspirado contra su padre, que los intereses y la política del imperio exigian que los Borbones dejáran de reinar en España cuya nacion queria regenerar, y así era menester que propusiera en su nombre á Fernando la renuncia de sus derechos al trono español, á cambio del cuál le cedería el reino de Etruria y le daría por esposa una sobrina suya, que él no quería para sí de la España ni una aldea siquiera, y que si estas proposiciones no acomodaban á su príncipe, le daría un término para su regreso y comenzarían entre los dos las hostilidades. Esforzóse cuanto pudo el arcediano, con aquella elocuencia que Napoleon llamaba festivamente *ciceroniana* (1), por justificar á su régio alumno, por demostrar la espontaneidad de la renuncia de su padre, por defender la conducta de la casa de Borbon, y por persuadirle de la inconveniencia de mudar en España de

(1) Lo sabemos por el mismo Escoiquiz. «Por la tarde de aquel mismo dia, dice, habiendo conferenciado S. M. I. con el duque del Infantado, le dijo chanceándose: «el canónigo me ha hecho esta mañana una arenga á la manera de las de Ciceron: pero no quiere entrar en las razones de mi plan.» A esto se redujo el fruto de mi elocuencia ciceroniana.»

dinastía. Mas no logró convencer á quien estaba resuelto á no dejarse persuadir, aunque le hablara el mejor orador del mundo. La plática fué larga, y en ella se permitió el emperador familiaridades como las de: «V., Sr. canónigo, no hace mas que forjar cuentos:» «V. forma castillos en el aire;» llegando alguna vez á tirarle de las orejas (1).

Cuando Escoiquiz volvió al alojamiento de Fernando, encontró á su discípulo tan consternado como él iba; porque en aquel intermedio el general Savary, el mismo que en Vitoria respondia con su cabeza de que Fernando seria reconocido á la hora de estar en Bayona, habia ido á nombre del emperador á notificarle, con brusquedad inusitada y sin cuidarse siquiera de las formas, que era preciso renunciar la corona de España, aceptando en cambio el trono de Etruria. Sobre este mismo tema se reprodujeron los dias siguientes en la quinta de Marac vivas conferencias entre Escoiquiz, el ministro Cevallos, los duques del Infantado y San Carlos de una parte, y de otra el general Savary, el ministro Champagny y el obispo de Poitiers, Mr. Pradt, limosnero del emperador. En una de ellas, entrando Napoleon al tiempo que Cevallos disputaba acaloradamente con Champagny, llegó á decirle: «¿Y qué hablais vos de fidelidad á Fernando VII? ¿Vos,

(1) Son palabras testuales del ted, canónigo, no quiere entrar mismo Escoiquiz. «Sonriéndose y en mis ideas.» tirándome de la oreja: «pero us-